

decir que entre los católicos, no solamente los seculares mundanos, sino también los clérigos, se muestran tenaces en no admitir revelaciones y visiones.

—Distingo: se muestran tenaces para no creerlas ligeramente y á ojos cerrados. Eso lo admito, negando que nos las crean después del examen y del fallo de la Iglesia; en uno y en otro caso ponen de realce su prudencia.

—¿Examinóse la revelación? preguntó el joven.

—¡Y cuán largamente! ¡Y con qué severidad! ¡Y por qué hombres! respondió el misionero. Todo lo vereis en la relación impresa que os regalaré con especial gusto.

En esto habíase llegado á un poyo que dominaba los alrededores: John, que había escuchado respetuosamente á su *cicerone* filósofo, suscitó una nueva dificultad: —Vos, reverendo señor, sólo habeis puesto de realce la posibilidad de las revelaciones.

—Algo más, dijo el misionero interrumpiéndole: he demostrado que son verosímiles en la Iglesia de Jesucristo, como también que no pueden faltar en general, si subsiste aún la Iglesia del Hombre-Dios, si la Biblia es inspirada, si no es inferior

en gracia el nuevo pacto al antiguo, y si la historia no miente. Más adelante podría ir, si fuera este sitio propio para teologizar, persuadiéndoos hasta la evidencia de que cuantos indistintamente menosprecian toda revelación moderna en la Iglesia católica, arrancan de su frente la aureola de sociedad divina.

—De la posibilidad en general, dijo John, á la efectiva del caso este concreto de Lourdes, hay mucha distancia.

—Del hecho razona el hecho, contestó el sacerdote. Aquí tenemos todas las circunstancias más brillantes que atestiguan la verdad del prodigio.

—Sí, dijo John irónicamente, la afirmación de una niña.

—¿Os habeis olvidado ya de la fuente que brotó del suelo para testificarlo?

Convino John en que aquella señal tenía ciertamente importancia; pero añadió que, en rigor de análisis lógica, podía ser simple operación de la naturaleza.

—¿Por qué, preguntó el religioso, el hecho de Moisés, sacando una fuente de la roca, es reputado milagroso hasta la evidencia? Consultado el sentido íntimo, suponed que me viéreis de pronto al pie del peñasco éste, y que os dijera, demudado el

semblante, que la Virgen se me aparecía y hablaba conmigo. Ciertamente me creeríais delirante; pero si después, con el bastón que llevo en la mano, hiriese la piedra y brotase pronto una límpida vena de agua perenne, ¿osaríais aún juzgarme alucinado?

—No de veras, respondió el joven con su sinceridad ordinaria.

—Este fué nuestro caso.

—Con todo, no concluyo de librarme de la repugnancia que siento, tratándose de admitir la intervención de seres sobrenaturales. Me parece que de algún modo lo impide la sensatez de un hombre sério.

—Con todo, respondió el sacerdote, no concluyo de creer que un ciego temor al fin de cuentas deba mandar á la razón. Los hombres discretos de que haceis tanto caso, no obstante ser la mayor parte de las veces mujercillas cuando se trata de visiones de charlatanes, creen con devoción ridiculísima en las apariencias de los *espiritistas* y en las revelaciones de las *sonámbulas*: justo juicio de Dios que quien rechaza lo sobrenatural divino, crea con ignominia en lo sobrenatural diabólico.

—Nosotros los protestantes tenemos un horror innato á lo sobrenatural.

Lo siento por vosotros, repuso el sacerdote: si es así, indica que os considerais desheredados de la gracia, desposeídos del cielo y rechazados como hijos espúreos del Esposo de la Iglesia, que prometió á los verdaderos creyentes la perpetuidad de los signos sobrenaturales. Basta; no entremos en esta materia gravísima. . . . ¿Es verdad, empero, que los protestantes son hostiles por instinto á toda clase de revelaciones? Me parece lo contrario. Entre los católicos no hay milagro ni aparición brillante que no se desvanezca, que no se apague, y que no quede á la nada reducida, no bien la desapruera un Obispo diocesano. Entre vosotros veo, por el contrario, que los visionarios hacen fortuna, y que nadie puede hacerlos enmudecer.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Hay muchos. Casi todos los jefes de las varias iglesias (digo iglesias para ser cortés) protestantes despacharon visiones y revelaciones, que bebieron sus discípulos á ojos cerrados. Lutero y Zuinglio se jactaron de revelaciones. Muncer, Juan de Leida y otros portaestandartes de los anabap-

tistas, compelián al matadero á sus tribus, animándolas con multitud de profecías que afirmaban les habían revelado. Los calvinistas Camisardos llenaron de sangre y de ruinas su país, entre revelaciones cotidianas. Schwenkfeld las sacaba del cielo con la misma facilidad con que sácase agua de un pozo, siendo todas opuestas á Zuinglio y á Lutero. Jorge Fox nutria con revelaciones á sus Cuáqueros, que aún hoy las reciben cual si fueran oro de veinte y cuatro quilates. Los metodistas nacieron y viven por las revelaciones de Wesley; las frenéticas de Shawedenborg y de José Smith sirven de biblia á los "schwedenborgianos y á los mormones. La célebre Cristina Poniatowa metió gran ruido en Alemania con sus revelaciones; si bien murió de vergüenza, porque vió que las desmentían los hechos. Antonieta Bourignon, que se dió á profetizar entre los católicos, fué repelida y avergonzada; recibieronla los protestantes en triunfo, conquistándole sus revelaciones muchos ejércitos de secuaces en Bélgica, en Holanda, en Alemania y en Escocia. ¿Que se puede imaginar más loco en el mundo que las revelaciones de Juana Leade? Sin embargo, innumerables compatriotas vuestros acogieronlas como si

hubieran bajado del cielo. Más frenéticas, si es posible, que las revelaciones de la Leade, son las de Juana Southcote, á quien vuestros ancianos pueden recordar haber visto en Londres; pues bien, sus discípulos forman aún hoy una rama de vuestra baja iglesia.

—Mas yo, dijo John interrumpiéndole, no caigo ni cairé nunca en semejante desvarío.

—Mejor, y me alegro; mas no me digais que los protestantes rechazan por instinto las revelaciones. La diferencia que hay entre vosotros y nosotros es ésta: entre los católicos, las revelaciones fantásticas, no siendo aprobadas por la Iglesia, nacen y mueren como fantasías humanas, entre los protestantes, teniendo cada uno el papado de la Iglesia en su biblia, puede cualquier charlatán ó charlatana calificarse de revelador y formar secta para que se perpetúen sus extravagancias.

El joven, que no se esperaba una disertación tan terrible, y que sentía vergüenza por sus correligionarios, procuró mudar de conversación, diciendo:—Me parece que os alejais demasiado de nuestra cuestión.

—¿Qué cuestión? No ha existido. Os he contado, como se hace con los forasteros, el suceso del lugar, y después he discurrido “académicamente” un poco sus consecuencias.

John, ablandándose: —No imagineis, reverendo, que os escucho con espíritu hostil, no: busco la verdad; confieso que vuestras razones me parecen bien, y que volveré de Lourdes menos preocupado contra las revelaciones en general. Con todo, no consigo creerlas en particular, y principalmente no puedo comprender qué digno fruto se haya conseguido de la de que tratamos, que me deja, por consiguiente, no poca duda.

—Pues bien: el fruto inmenso, respondió el misionero, conseguido por la revelación de Lourdes, es precisamente otra prueba de su veracidad. Ved: una simple palabra caída de los labios de la Virgen, contada por una pastorcita ignorante al par que desconocida en el mundo, se propaga en pocos años por toda la tierra, dejando un eco que ningún poder podía conseguir, á excepción del divino. Todo lo que pidió la Virgen se realizó con el concurso de innu-

merables voluntades libres, por actos innumerables y virtudes cristianas: la plegaria, la penitencia, la religión, la beneficencia, la conversión....

Mistress Needle, que hasta entonces había callado, gozando por las agudas observaciones de su hijo, no se pudo ya contener, y preguntó: — ¡Oh! decidnos: ¿qué quería la Virgen? ¿Qué demandaba?

—Muchas cosas, imposibles de obtener humanamente, respondió el sacerdote. Pidió á la pobre pastora que le hiciera levantar una capilla. Mirad (señalaba el majestuoso edificio) esta basílica, que surge sobre el duro peñasco, y cuya torre domina el desierto. Los millones para edificarla nos llovieron del empíreo en pocos años.

—¿Los millones? preguntó la Needle.

—Sí, dos millones, y pasa; muchos más expenderemos, porque nos hallamos sólo al principio de esta ciudad de María que aquí se va edificando. Además, la Virgen ansió que la multitud acudiese al lugar que veis: A sus frases, interpretadas por la pastorcilla, he aquí agitarse la Francia, la Europa y el mundo, dirigiéndose á Lourdes multitud tal de peregrinos, que no

existe otra semejante, en igualdad de circunstancias, en los anales de la Iglesia. Recomendó también la penitencia. Ahora bien. ¿Qué apóstol de penitencia conmovió á los pueblos tan universalmente, para que dieran señales de arrepentimiento, como la voz de María en Lourdes? Innumerables fieles de toda edad y condición muestran con los hechos que corresponden á la celestial invitación; emprenden el viaje trabajoso, desde lejanas regiones, y no les importa las fatigas ni las incomodidades, agravando muchos los propios padecimientos por viajar á pie y en ayunas. Y cosa más sustancial en la penitencia, hombres y mujeres se hacen dignos de los favores aguardados en Lourdes, arrepintiéndose de sus culpas. Trátase de millones y millones de cristianos que se purifican con el sacramento de la Penitencia y del perdón, lloran sus pecados y adquieren un espíritu mejor. ¿Os parece que puede todo esto provenir de la mentira de una muchacha? Sed razonable.

—Casi casi me convenceis, dijo John, siempre con buen modo.

—La Virgen, continuó el misionero, quizá que se orase por la conversión de los

pecadores. Ahora bien. ¿Quién puede contar los salmos, los cánticos y los votos subidos al cielo desde aquí y desde otros sitios innumerables por el impulso procedente de aquí? ¡Cuántas alabanzas divinas y cuántas oraciones sembradas en los caminos de Francia por innumerables peregrinos! Es un himno inmenso y un concierto de voces unánimes, que levántanse al trono del Altísimo para implorar sus mercedes. Sólo de los rosarios dichos por causa de la revelación de Lourdes, no hay nadie que pueda formar un cálculo aproximativo. . .

—Pues lo siento, dijo entonces John, casi con impaciencia: este rosario hace casi que deje de creer todo lo creído: es una oración que tolero de mala gana á los católicos, y que no admito.

Mistress Needle, con mucho gozo, añadió:—A mí me parece un exceso, una extrañeza, y punto menos que una superstición.

El misionero, indicando un sitio de sombra que estaba cerca, con muy buena vista en el camino que va de Lourdes al santuario:—Señores, dijo, descansad allí cinco minutos gozando de la sombra; quizá vereis alguna procesión de peregrinos. . . . Y os le-

vantareis persuadidos de que el rosario es una invención de profunda teología cristiana; básteos, por el pronto, saber que la Virgen lo recomendó vivamente en su revelación á la pastorcita de Lourdes.

LVI.

ROSARIO CATÒLICO Y ROSARIO PROTESTANTE.

No bien los peregrinos ingleses se hubieron acomodados sobre la yerba y la roca, que formaban asientos no desagradables, y no bien hubieron sacado sus anteojos con toda la curiosidad de la curiosísima raza británica:

—Os prometo, dijo el sacerdote, uno de los más hermosos espectáculos que se pue-